dado para dormir, en sus casas muchos de ellos, según andan huyendo de servicios immensos que sobre ellos cargan; y era tanta esta cantidad que no tiene número; porque demás que de estas aves comían la carne y vestían la ropa y cazaban otras, con ellas, era mucho para ver sus colores y diferencias, unas mansas, otras bravas de rapiña, de aire, de agua y de tierra. Lo más rico que al mercado se traía eran las obras de oro y plata, unas fundidas, otras labradas de piedra, con tan gran primor y sutileza, que muchas de ellas han puesto en admiración a los muy diestros plateros de Castilla, tanto, que nunca pudieron entender cómo se habían labrado; porque ni vieron golpe de martillo, ni rastro de cincel, ni de otro algún instrumento de que ellos usan, de los cuales carecen los indios. Traíanse también obras de pluma cuya hechura pone admiración, y todo esto está tratado en otra parte.

CAPÍTULO XIV. *Que prosigue el mercado, o tiánguez, que en Mexico y otras ciudades y pueblos de esta Nueva España había y hay de presente*

RA TANTO EL CONCIERTO QUE EN ESTOS MERCADOS había antiguamente, que parecía que no ponían los hombres el cuidado de su vida, en otra cosa, más que en ésta, siendo la verdad que todas las que pertenecían a república eran con grandísima puntualidad servidas y así eran estos mercados muy vistosos; porque (como dijimos en el capítulo pasado) todas las cosas en él estaban puestas por mucho orden y concierto; porque en una parte se vendía el pan en mazorca, que llaman centli, y en grano, y cerca de ésta otras semillas, así como frijoles y chian, que es como zaragatona, y sacan de ella aceite como de linaza y untan con él los pies y piernas, porque no las dañe el agua y guisan de comer con él, porque es bueno y sabroso; usan de esta chian molida para sus brebajes y con esta mezclan la semilla de los bledos. Las aves estaban a otra parte, los gallos de por sí y las gallinas, detrás de ellos, los labancos, palomas y tórtolas y codornices a su parte. Había lugar donde se vendían las liebres, conejos y venados cuarteados y enteros, y allí cerca los perrillos y tuzas, que son como pequeños conejos y andan debajo de la tierra, como topos; también lirones, los ratones grandes y otras cosas de esta manera; culebras sin cola, ni cabeza, lombrices, hormigas grandes tostadas, y éstas por mucha fiesta. En otra parte se vende el pescado que sacan de la laguna, en esta ciudad de Mexico, hasta las lombricillas y cuantas cosillas se crían en el agua.

En la superficie del agua de esta laguna se crían unos como limos, muy molidos y a cierto tiempo del año, que están más cuajados, cógenlos los indios con unas redecillas muy menudas y sácanlos fuera del agua y sobre la tierra o arena de la ribera hacen eras de ellos, hasta que se secan, y es la torta que hacen del grosor de dos dedos y enjugan el uno cuando llega a

tener sazón y estar bien seca, la cual después de enjuta y seca, la cortan como ladrillos pequeños, lo cual comen estas gentes por queso, y tiene para ellos muy buen sabor y es algo saladillo. De esto sacaban mucha cantidad a los mercados y de otra comida que llaman tecuitlatl, aunque ya ahora se han perdido estos dos géneros y no parecen, y no sé si lo causa estar los indios hechos ya a nuestras comidas y no dárseles nada por las suyas. Al cebo de esta semilleja piensan algunos que venían gran muchedumbre de aves de agua a esta laguna mexicana, y eran tantas (dice el padre fray Toribio Motolinía) que por muchas partes parecía cuajar el agua, y esto era en los inviernos, de donde se aprovechaban éstos indios de muchas, las cuales sacaban a vender a estos mercados, y eran tantas que casi las daban de balde y sin precio.

Vendíase y comprábase en estos mercados oro, plata, estaño, cobre, plomo, perlas, piedras preciosas y otras piedras que sirven de claros espejos y son muy buenas para hacer altares, navajas y lancetas, sacadas de estas piedras en la manera que en otra parte decimos.[1] Vendíanse mil maneras de conchas y caracoles, pequeños y grandes, huesos, chinas, esponjas y otras menudencias, y muchos dijes para los niños, yerbas, raíces, hojas, semillas, así para comer como para medicinar y curar, tantas y de tanta variedad que no se puede contar, y que para conocerlas es menester gran curso y ser muy diestro herbolario, aunque por la mayor parte los hombres, mujeres y niños, en su gentilidad, conocían muchas yerbas, porque con la pobreza y necesidad que tenían, las buscaban para comer y curarse en sus dolencias, que muy poco gastaban en médicos, aunque los tenían y tienen, que curan con cosas simples, y de ellas sabían maravillosos secretos y sacaban al tiánguez ungüentos, jarabes y otras cosas de enfermos, y aun hasta sacar cierta yerba con que matan los piojos.

Había y hay muchas tiendas de ollas grandes y pequeñas llenas de atole y otra bebida, que es como poleadas, hechas de atole de maíz y cacao y otras cosas, y véndese tanto de esto, no solamente en los mercados, pero en muchas esquinas de calles, que es cosa maravillosa y pone espanto donde se consume tanto mantenimiento, y llámanle chocolate, el cual, aunque era común a todos en las provincias de Quauhtemallan y otras, en éstas de Mexico no ha muchos años que se usa caliente y hase extendido su uso a indios y a españoles, y hacen mantenimiento de ello; carne, pescado asado y cocido en pan, pasteles, tortillas, huevos de diferentísimas aves, no hay número; el pan cocido y en grano y en mazamorra, que se vende juntamente con habas, frijoles y otras muchas legumbres y frutas, así de la tierra como de Castilla, verdes y secas en grandísima cantidad, y la más principal que sirve de mantenimiento, comida, bebida y moneda es el cacao, que es un grano como almendra, de que decimos en otra parte.

No causaba menos admiración (ni de presente deja de causarla) la mucha cantidad y diferencia que vendían de colores que hacían de hojas de rosas, de frutas, flores, raíces, cortezas, piedras, maderas y otras cosas; miel de

[1] Supra lib. 10. cap. 31.

abejas, de maguey y otros árboles. Hay en estos mercados estuferos, barberos, cuchilleros, armeros, buhoneros, que vendían peines y espejos y otras cosas; ganapanes y otros que muchos piensan que no los había entre esta gente. Todas estas cosas y otras innumerables (que si todas se dijesen sería no acabar la historia) se vendían en aquellos tiempos, cuando estas gentes eran muchas y estaban más descansados en sus maneras de vivir que lo andan ahora, y muchas de ellas se venden ahora, aunque no con aquella abundancia y largueza que entonces. Y para que se entienda bien y no parezca que hablamos a poco más o menos, quiero decir de la abundancia que había de gallinas, para que por este género de mercadería se conozcan los demás, las cuales eran tantas, que cualquier número que queramos decir es corto y pequeño, y de éstas sacaban a los mercados tantas que parece cosa de sueño o increíble; esto afirma el padre fray Toribio Motolinía, por estas palabras: Es muy de notar el gran número de aves que en muchos mercados de éstos se venden y compran, especialmente en el de Tepeacac (que corrompiendo el vocablo los españoles llaman Tepeaca), éste es un gran pueblo y está cinco leguas de la ciudad de los Ángeles, donde cada cinco días hay mercado y gallinas que traen a él, que parece que vienen los caminos llenos de los que van cargados de ellas en sus jaulas ligeras y bien hechas; contado he, que lleva un indio sólo de gallinas de Castilla y pollos, setenta en todos y dende arriba, y muchas veces trabajé por ver si se podían contar, para saber el número de ellas; pero no fue cosa posible, porque era turbar todo el mercado; y preguntando a los más prácticos del pueblo y de el mercado de esto, casi todos venían en decir, que cada cinco días se debían de vender ceciquipilli, que quiere decir ocho mil aves; y porque no piensen que aquel venderse las aves, en tanta multitud, que es en solo un día de mercado o en alguna temporada, digo que es todo el año. Y en otro pueblo que se llama Acapetlayocan, en la provincia de Tochmilco, cada cinco días se venden casi otras tantas como en el de Tepeacac, y en todos los otros mercados hay también mucho trato de aves, especialmente en Otumpan y en Tepepulco; y de todos estos pueblos llevan muchas aves a vender a la ciudad grande de Mexico, que allí se gastan todas. Éstas son formales palabras de este puntualísimo varón y muy curioso escudriñador de cosas; y dice más, que de estas aves muchas eran gallos y gallinas de la tierra, que son grandes; pero que la mayor cantidad era de gallinas y pollos de Castilla; porque es cosa increíble (prosigue luego) lo que en esta tierra se han multiplicado, aunque en el año de 1539 vino por ellas una muy gran pestilencia y cundió muy gran parte de toda la Nueva España y, fue tal, que en el pueblo y casa que entraba apenas dejaba ninguna; muchas casas hubo en que murieron doscientas, trescientas y otras a cuatrocientas y quinientas (porque tanto era el número que había de ellas) y casi todas se las llevaba y consumía; y lo que ponía admiración era que andando buena la gallina en el corral o estando sobre los huevos o cubriendo sus pollos, luego de repente se caía muerta, sin mover cabeza ni pies. Casa hubo que sin el número grande que murieron de gallinas, mató la pestilencia más de doscientos capones, que en esta tierra no hacen capones a docenas, mas a

cientos. Esto dice este apostólico varón en sus *Memoriales*, y si no fuera persona de tanto crédito, yo no me atreviera a escribirlo. Ahora no hay nada de esto porque, o se han acabado, o no se curan mucho los indios de criarlas; y son pocas y esas que hay valen a dos y a tres reales y en esta ciudad de Mexico, muchas veces a cuatro y un pollo vale dos, para que se vea la diferencia de lo pasado a lo presente.

En los grandes pueblos o ciudades, como son Mexico, Tetzcuco, Tlaxcallan y otros de esta suerte, cada día tienen mercado ordinario y se ayunta en ellos mucho número de gente, y los que son más generales, y que acuden a ellos de otras partes, como a ferias, son en otros días (como dejamos dicho); pero antiguamente eran de cinco en cinco días, en algunas partes, en otras eran de veinte en veinte, en los solemnes días que solían principiar sus fiestas; pero después se fue pervirtiendo este orden y se han ordenado de ocho a ocho días, aunque en algunas partes conservan su costumbre antigua; y la frecuencia del comprar y vender es de medio día para bajo, y los mercaderes y tratantes tienen ya sus jornadas y pasos contados y ándanse de mercado en mercado, como en España de feria en feria, aunque hay mucha diferencia de los unos mercaderes a los otros y del un caudal al otro; porque el del español o castellano es de mucha gruesa y el que estas gentes indianas tratan es corto y de poco precio; y como acá en unas partes hay abundancia de lo que en otras falta, llévanlas adonde faltan aquellos géneros; de manera que por todas partes corren las mercaderías y cosas, conforme hay la falta y necesidad.

Este modo de contratar es de grande alivio y lo era antes, para estas pobres gentes, en el cual contrato hallaban remedio y provecho desde el más pobre hasta el más rico; y antiguamente los más pobres compraban en los mercados una gallina clueca y echábanla sobre algunos pocos de huevos y sacaban los polluelos, con mucho cuidado de sus dueños, y criábanlos, y con ellos hacían principio a su caudal, llevando de estas aves a los mercados. Otros traían leña menuda y después más gruesa, según iban ganando más con la menuda; otros se cargaban de cañas, que en muchas partes las tenían más a mano; y cuando tenían ganado para poder comprar una carga de fruta, iban por ella a tierra caliente y vendiéndola acá, volvía cargado de sal o de centli para venderlo allá y traer a trueque fruta; y de esta manera (aunque no sin mucho trabajo) pagaban su tributo y alcanzaban lo necesario para su día y vito. Vivían del trabajo de sus manos y comían su pan con dolor y con harto sudor, porque su asnillo era su mismo cuerpo y ellos lo trataban como él merece, como lo dice el Espíritu Santo,[2] aunque esto era en orden de no poder más, llevando la carga a cuesta y la vara en la mano, cuya comida eran unas tortillas secas y un poco de agua fría; porque ni tuvieron caballos, ni otro animal que se la llevase, si no fueron los carneros en el Pirú y en tierra de Cibola unos perros grandes.

Lo que usaban en estos mercados era trocar unas cosas por otras, y aun

[2] Eccles. 33.

ahora se usa algo de estó; pero la que más generalmente corre por todas partes es el cacao; y en otras partes usaban más unas mantas pequeñas, que llaman patolcuachtli, aunque corrompiendo el vocablo los españoles les llamaron patoles coacheles. En otras usaban mucho de unas monedas de cobre, casi de hechura de Tau T, de anchor de tres o cuatro dedos y era planchuela delgada, unas más y otras menos, donde había mucho oro; también traían unos cañutillos de ello y andaba entre los indios mucho de esto, aunque después se usó la moneda de plata que nosotros usamos, y ésa es la que generalmente corre en toda la tierra.

Los que vendían en estos mercados pagaban cierto tributo, a manera de alcabala, al gran señor, porque los guardase de ladrones, y andaban siempre por la plaza y entre la gente unos como alguaciles, y al presente anda la justicia castellana con vara, y no sé si es lo mejor que corre por los mercados, o si son ellos los más perjudiciales; y en una casa que había cerca de el mercado, estaban doce hombres ancianos, como en audiencia, librando pleitos que había, entre los contratantes. Tenían medida para todas las cosas, hasta la yerba, que era tanta cuanta se podía atar con una cuerda de una braza, por un real. Castigaban mucho al que falseaba las medidas, diciendo que era enemigo de todos y ladrón público; quebrábanlas como hacen nuestros jueces cuando son celosos del bien público; pero hay algunos que les llevan la pena y los dejan en la misma culpa, porque de lo que éstos pecan comen ellos; y aquí les diré yo lo que San Pedro,[3] a la otra mujer: tu moneda y dineros, sea contigo en perdición. Trataba bien el gran señor a los que de lejos venían con mercaderías; ponía fieles ejecutores y, finalmente, en todo había tanta razón y cuenta, que no bastaba la multitud de gente a perturbarla.

CAPÍTULO XV. *De donde tiene origen la sujeción de los esclavos desde sus principios, y se dicen las maneras de ellos, y haberlas habido en estas Indias*

RIÓ DIOS AL HOMBRE LIBRE Y NO SÓLO LIBRE, pero señor; porque luego que le crió le entregó el total y general dominio de las cosas; hízole Señor de las aves que vuelan en el aire, de los peces del mar y bestias de la tierra; hízole a su imagen y semejanza; y no ordenó que un hombre fuese señor de otro y por esto los primeros hombres justos fueron pastores y no reyes, para que de esta manera entendamos el orden de naturaleza y el daño que se siguió del pecado. No se halla en la Sagrada Escritura este nombre de siervo hasta que en el *Génesis*[1] (que es la más antigua historia que hay en el mundo) se cuenta que el justo Noé, habiendo bebido del vino de la vid que había plantado, cayó en tierra embriagado,

[3] Ac. Apost. 8.

[1] Genes. 19.